

# EL BOLÍVAR DE ALFREDO IRIARTE

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

## EL BOLÍVAR DE ALFREDO IRIARTE

Antes de morir Alfredo Iriarte preparó con destino al Politécnico Grancolombiano una amplia antología de escritos sobre Simón Bolívar. Están allí reunidos textos claves sobre la figura del Libertador, desde contemporáneos suyos como Tomás Cipriano de Mosquera y Florentino Gonzáles, amigos o adversarios, hasta las figuras más recono-

cidas de las letras del continente, caso de José Martí y Juan Montalvo, que enaltecieron al héroe con su prosa, y que convocados por el siempre infatigable y polémico escritor venezolano Rufino Blanco Fombona encontraron en su figura la posibilidad de integrar a todo el continente bajo la impetuosa sombra de un héroe propio.

Esta tradición, que tendrá seguidores

## RESUMEN

Este artículo, escrito por Daniel O'Leary, fue elegido por Alfredo Iriarte antes de morir para su publicación por el Politécnico Grancolombiano. Después de una amena y completa introducción del poeta y ensayista Juan Gustavo Cobo Borda, nos adentramos en la vida del joven Bolívar, el Libertador, que aún hoy genera fascinaciones y conflictos.

El texto, nos revela a un Bolívar vulnerable que a través de sus cartas nos transporta a algunas de las dramáticas situaciones y los protagonistas que rodearon los procesos de emancipación de la corona española. Los conflictivos eventos que produjeron la caída de Francisco Miranda, con la firma del convenio de San Mateo —al cual el mismo Bolívar se opuso— y el destino final de este general olvidado y maltratado en la Carraca.

El escrito revela apartes de la historia, a veces olvidada, de Venezuela y Colombia, que lejos de los fríos datos históricos de los libros, muestran a un Bolívar humano y sus duras batallas, además dentro de sí, por lograr la Independencia.

## ABSTRACT

This article, written by Daniel O'Leary, was chosen by Alfredo Iriarte before his death for its publication through Politecnico Grancolombiano. After a pleasant and complete introduction by the writer and essayist Juan Gustavo Cobo Borda, we go into the life of the young Bolívar, the Liberator, who still today brings about fascinations and conflicts.

The text reveals one Bolívar vulnerable who through his letters takes us to some of the dramatic situations and characters who surrounded the emancipation process from the Spaniard crown. The conflictive events which caused Francisco Miranda's falling, with the signature of San Mateo's agreement – to which Bolívar objected himself – and the final faint of this general forgotten and mistreated in the Carraca.

The writing reveals paragraphs about the history, sometimes forgotten, from Venezuela and Colombia, that far from the cold historical data in the books, show a Bolivar human and his hard battles, aside in himself, to reach the Independence.

ilustres y que en el caso colombiano abarca los textos de Miguel Antonio Caro, José Asunción Silva, Guillermo Valencia y José Umaña Bernal, se prolongará y magnificará de modo creativo a través de figuras como Gabriela Mistral, Pablo Neruda o Miguel Ángel Asturias. Pero la figura del Libertador no ha dejado de irradiar sugerencias y polémicas, trátase de sus biógrafos como el español Salvador de Madariaga, el norteamericano Waldo Frank o el alemán Gerhard Massur sin olvidar nuestro Indalecio Liévano Aguirre. Un Bolívar aún vivo, e incidiendo en la actual vida política latinoamericana.

Una tradición ilustre que se renueva y enriquece con los libros de Germán Arciniegas, Álvaro Mutis en el cuento *El Último Rostro*, y la novela de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, tal como he intentado analizarlo en mi reciente libro *Lector impenitente* al hablar de “los nuevos bolívares” (México, Fondo de Cultura Económica, 2004).

Por ellos es pertinente volver a preguntarnos quién era Bolívar como lo hace de modo maestro Daniel O’Leary mostrándonos a un Bolívar joven y vencido en Puerto Cabello que se enfrenta a su simbólico padre Francisco de Miranda y que ya en la dramática carta, reconociendo su derrota, nos

---

#### RESEÑA AUTOR:

Juan Gustavo Cobo Borda, poeta y ensayista bogotano. Fue director durante una década (1973-1984) de la revista *Eco*, de Bogotá. Ha ocupado cargos diplomáticos en Buenos Aires, y Madrid, embajador en Grecia. Miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1993, y correspondiente de la Lengua Española. Ha sido jurado del premio Juan Rulfo, de Guadalajara (México), por tres veces; del Rómulo Gallegos (Caracas), del Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (Madrid) y del Neustad, Universidad de Oklahoma, Estados Unidos. Su último libro, *Lector impenitente*, fue publicado por el Fondo de Cultura Económica de México en el 2004.

da certeros atisbos de su garra y su temple. Leer conmovidos ese texto es comprobar lo arduo y doloroso de la independencia del dominio español y lo dramático de intentar conformar sociedades justas a partir de la conquista y la explotación. Para hacer un país, Bolívar tuvo que hacerse primero a sí mismo y este texto de O’Leary, desde la fatiga del vencido, nos recuerda cuán complejo llega a ser el proceso para ser hombres. Una pedagogía que nunca termina.

Con su poblada barba, su bastón, su mirada feroz de niño furioso, Alfredo Iriarte (Bogotá, 1932-2002) era una figura singular de la vida intelectual colombiana. Había abandonado una brillante carrera dentro de la organización Seguros Bolívar mordido por el demonio exigente de la literatura. Comenzó entonces una difícil carrera por periódicos y revistas del país donde mezclaba su admiración verbal por el idioma de Quevedo y los párrafos barrocos de Jorge Zalamea, de quien fue buen amigo, además de las novelas de Alejo Carpentier y Manuel Mujica Láinez, con un humor de cachaco irreverente y desabrochado. De ahí libros como *Bestiario tropical* (1986) donde se ríe y burla de la fauna social colombiana.

De otra parte las demasías y excesos de los dictadores latinoamericanos, toda esa cohorte de Trujillos y Somozas, despertaban su gozoso apetito registrando las casi siempre criminales hazañas, tan cursivas como letales. Un buen ejemplo de ello sería *Lo que lengua mortal decir no pudo* (1979) donde también los padres de la patria colombiana fueron puestos en solfa, y varios de cuyos artículos suscitaron polémica o fueron sencillamente censurados en su momento. Alfredo gozaba con ello y pro-

rrumpía en homéricas carcajadas.

También investigó, acucioso, chismoso y detallista, *Episodios bogotanos* (1987) y se paseó por la pequeña y grande historia de América y de España, la última de las cuales conocía muy bien.

Exagerado y truculento experimentaría al final de su trayectoria un amplio reconocimiento por parte de muchos y nuevos lectores con sus libros de ficción como *Espárragos para dos leones* (1999) y *El hidalgo de bragueta y otras fábulas de Iriarte* (2000) en el que, ya suelto y sin prejuicio alguno, arremete contra todo lo estatuido, incluso el aparente buen gusto, con el desenfreno propio de los mal hablados satíricos del Siglo de Oro, circunscrito ahora a las miserias propias de una conventual y petulante Bogotá. Fue un divulgador histórico y un fabulista satírico que todavía nos regocija con sus certeros exabruptos y lo inclemente de su humor.

#### MEMORIAS\*

DANIEL F. O'LEARY

Tan luego como supo el gobierno que las fuerzas españolas se movían, puso en juego todos sus recursos para salirles al encuentro; pero no tardó en conocer que su conducta le había enajenado la confianza popular y que no bastaba la pureza de sus intenciones a ponerlo a cubierto de las censuras. Una vez más se señaló a Miranda como el hombre que las circunstancias requerían para salvar la patria de los peligros que amenazaban destruirla; y considerando que una de las causas principales de los males que afligían al país era la debilidad inherente al sistema federal, se creyó indispensable investirle de

una autoridad ilimitada. En consecuencia, fue nombrado generalísimo con facultades dictatoriales. Las fuerzas independientes subían entonces a 7.000 hombres de todas armas. Si bien es cierto que recientes acontecimientos habían contribuido a debilitar la moral del ejército, en cambio lo más granado de la juventud venezolana se agrupaba en torno del veterano que estaba a su frente, ansiosa de distinguirse en defensa de la patria. Ninguno más ansioso que Bolívar, pero por desgracia suya no halló simpatías en Miranda, que en vez de emplearle en el servicio activo que solicitaba, le destinó a mandar el castillo de Puerto Cabello, empleo entre todos el que menos convenía a su genio emprendedor. Bolívar vio que se le quería apartar del camino del honor, y partió a ocupar el puesto que se le señalaba, bajo la impresión del desagrado y de la dignidad ofendida.

Entre tanto, Monteverde avanzaba rápidamente por el territorio de la Unión. Desatendiendo las instrucciones de Ceballos, que como oficial de mayor graduación era el jefe de las fuerzas realistas por ausencia de Miyares, que había pasado a Puerto Rico en busca de auxilios, entró a Cabudare el 7 de abril, dispersando un destacamento que le opuso débil resistencia. Araure fue ocupado el 18 por el capitán Mármol, y el 25 cayó San Carlos en manos de Monteverde, después de batir las tropas republicanas que intentaron defender la ciudad. Durante el combate un cuerpo de caballería patriota, el escuadrón del Pao, se pasó al enemigo. Este fue el triunfo más importante hasta entonces obtenido por Monteverde; pero sus auxiliares más poderosos no fueron las victorias, ni la fuerza

\* Tomado de: Daniel F. O'Leary. *Memorias*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1952.

*En los llanos de Calabozo se habían alzado partidas de bandoleros, mandados por jefes escogidos entre ellos mismos que acercándose más a furias del infierno que a seres humanos, cometían excesos que no tienen nombre en el catálogo de los crímenes.*

física, sino la decisión de los pueblos por la causa del rey, lo que le hacía casi invencible. Los campesinos le servían más eficazmente que su ejército, sembrando el espanto por todas partes con noticias exageradas, suministrándole víveres, caballos y acémilas, y todo cuanto necesitaban, en los lugares de su tránsito. Después de algunos días de descanso en San Carlos, se adelantó el jefe español hacia Valencia, que Miranda ya había evacuado, y la ocupó el 3 de mayo. Apenas dueño de la plaza fue atacado por un cuerpo de tropas independientes, que rechazó. Hasta aquí la marcha de su ejército más parecía un paseo militar que marcha de tropas en son de guerra.

Muy diferente era la situación de los patriotas en estos críticos momentos. Con un tesoro exhausto y una población descontenta, era harto difícil la subsistencia del ejército, a lo que se agrega que el tono altanero de Miranda traía ofendidos a los militares y descontentos a los civiles. Unos y otros dudaban ya de sus talentos administrativos, y con las murmuraciones, la insubordinación ganaba terreno. En los llanos de Calabozo se habían alzado partidas de bandoleros, mandados por jefes escogidos entre ellos mismos que acercándose más a furias del infierno que a seres humanos, cometían excesos que no tienen nombre en el catálogo de los crímenes. Convenía al jefe español, cuya autoridad ilegítima dependía del éxito de su empresa, tolerar las depredaciones de aquellos feroces salvajes, que para coonestar su conducta tomaban por divisa su lealtad al rey. Al oriente de Caracas, en Curiepe, Capaya y otras localidades, los esclavos instigados por los partidarios de España se habían alzado en armas y ame-

nazaban la capital.

Apenas ocuparon los españoles a Valencia, estableció Miranda su cuartel general en Guacara, a cuatro leguas de aquella ciudad, con un ejército muy superior en número al del enemigo, a quien mantuvo en constante alarma, por medio de falsos ataques. Monteverde perdió brío y llegó a temer haber avanzado demasiado en el interior del país, y tornó a pedir auxilios al gobernador de Coro, representándole la apurada situación en que se encontraba, lo que no sorprendió a Ceballos, que desde un principio había considerado la invasión como un error militar.

Coro había quedado casi indefenso y Maracaibo tampoco estaba en actitud de resistir un ataque. Si Miranda, al tomar el mando, hubiese obrado con energía, y en vez de dejar al enemigo aproximarse a Valencia y Caracas hubiese atacado con intrepidez a Coro, contando, como contaba, con superiores fuerzas navales, es indudable que la campaña habría tenido distinto resultado. Los medios de que disponía eran más que suficientes para esa operación, pues además de los buques de transporte, la marina de la república se componía de tres bergantines, una goleta y varias cañoneras, que en pocas horas lo hubieran llevado frente a aquella ciudad. Observando Ceballos este inexplicable descuido de Miranda, e inquieto todavía por la suerte de las fuerzas que comandaba Monteverde, resolvió marchar en persona con un corto refuerzo que acababa de llegar de Cádiz y Puerto Rico. El 30 de mayo entró en Valencia, con intención de reasumir el mando del ejército; pero Monteverde, cuya vanidad y ambición crecían con la buena fortuna, en vez de entregárselo, le aconsejó se volviese a

su gobierno, consejo que siguió el prudente Ceballos. A pesar del refuerzo que recibió y de la desmoralización de las tropas independientes, no alcanzó Monteverde ventaja alguna sobre ellos.

Miranda, después de dos ataques infructuosos contra Valencia y desalentado por la desertión de algunos de sus soldados, se retiró a La Cabrera, fuerte posición que domina el camino que conduce a Caracas. Fortificado este punto y el paso de Guaica, con lanchas cañoneras, cuyos fuegos enfilaban aquel camino desde el Lago, el acceso a Caracas era en extremo difícil. Monteverde dio tres embestidas al paso de Guaica, pero fue rechazado en todas ellas, y en la última con pérdida considerable. Su situación era cada día más crítica, a pesar de la decisión que en su favor mostraba la población, pues aunque Barinas, una de las más ricas e importantes provincias de Venezuela, había enarbolado el estandarte real, y los inmensos llanos de Calabozo estaban ya sometidos a Antoñanzas, de ninguno de esos lugares podían venirle los pertrechos de guerra que tanto necesitaba. La fortuna, empero, volvió a serle propicia. A la derecha de las posiciones de Miranda existía un atajo que por considerarse intransitable estaba mal guardado. Un traidor lo denunció a Monteverde, quien ejecutó el movimiento de flanco con la celeridad y secreto con que sólo en país amigo puede arriesgarse semejante operación. Este movimiento acabó de desconcertar los planes de Miranda, que inmediatamente se replegó a La Victoria, fortificándose allí. Los españoles en tanto ocuparon los fértiles Valles de Aragua, desde Maracay hasta San Mateo, a dos leguas del campo de los independientes.

Aflictivo en extremo era el estado del país y singularmente difícil la situación de Miranda. Los esclavos azuzados por agentes españoles talaban los campos al este de Caracas, a cuyas goteras casi habían llegado ya. Sólo una victoria sobre Monteverde podía salvar a Venezuela de la ruina que la amenazaba; pero sordo Miranda a los ruegos de sus compañeros de armas, no se decidió a arriesgar una batalla, a pesar de la positiva superioridad de su ejército sobre las fuerzas realistas. Muchos días se pasaron en la inacción hasta que al fin tentó Monteverde forzar los atrinchamientos de La Victoria, pero como en sus anteriores ataques sobre Guaica fue rechazado con mayor quebranto que en aquéllos y, sin embargo Miranda, como poseído de extraña alucinación, no tentó siquiera sacar ventajas del desaliento que fracaso tan decidido produjo en el ejército enemigo. Monteverde se retiró a Maracay para reunir los dispersos y esperar las municiones de guerra que debían venir de Coro. Realistas e independientes de consuno afirman, que si Miranda hubiese perseguido las fuerzas españolas, en esa retirada hubiera dado fin a la campaña con un triunfo completo sobre Monteverde. Sin embargo, él opinó de distinto modo y creyó imposible contener el torrente de la opinión popular. En vano le instaron sus oficiales para que se aprovechase de la favorable disposición de la tropa y de la debilidad del enemigo después de la última derrota; no quiso oírles, y rechazando con desdén la intervención de sus subalternos, propendió a aumentar el descontento que su tono altanero había ya producido en el ejército.

La singular fortuna que había acompañado a Monteverde desde el principio

*Conviene decir aquí que Bolívar, desde su entrada al mando de la plaza de Puerto Cabello, representó el peligro de conservar allí tantos reos de importancia por su capacidad y por su influencia y muchos también por su riqueza.*

de su atrevida empresa, vino una vez más a salvarle de los peligros que le rodeaban en tan apurada coyuntura. En los calabozos de Puerto Cabello estaban confinados varios reos de Estado, de los principales en la revolución de julio del año anterior, y entre ellos don Francisco Inchauspe y don Jacinto Iztueta, personas de influencia, que con liberales promesas indujeron a Francisco Vinoni y a otro oficial, de nombre Carbonell, encargados de custodiarlos, a hacer traición poniéndolos en libertad. Aprovechando un momento en que el comandante de la fortaleza, Ramón Aymerich, había ido a tomar órdenes a la plaza, se apoderaron de la guarnición el 30 de junio y, proclamando al rey, convirtieron las baterías contra la ciudad.

Conviene decir aquí que Bolívar, desde

Daniel F. O'Leary, distinguido masón, cuyas "Memorias", son el más valioso testimonio histórico de los tiempos heroicos de la formación de la República, nació en Dublín, Irlanda, en 1800. Pisó suelo venezolano en 1818, al desembarcar con las tropas expedicionarias británicas que organizó el Coronel E. Wilson, para ayudar a la lucha por la emancipación.

La mayoría de los oficiales británicos que llegaron eran masones. Daniel Florencio O'Leary, no obstante su juventud, era también un iniciado. Según parece ingresó a la masonería en Inglaterra.

Su pensamiento liberal, racionalista, con un estilo analítico netamente masónico, queda reflejado en su producción histórica, donde explica que la obra de redención llevada a cabo en América tiene su raigambre en las Logias Masónicas, del mismo modo

su entrada al mando de la plaza de Puerto Cabello, representó el peligro de conservar allí tantos reos de importancia por su capacidad y por su influencia y muchos también por su riqueza. Seis días permaneció defendiéndose contra los sublevados y los enemigos exteriores; hasta que reducido a la última extremidad por las bajas en la tropa y la falta de municiones, y después de exhortar en vano a algunos oficiales a ayudarlo en un temerario ataque para recuperar el castillo, se vio obligado a retirarse por la costa y a embarcarse en un bergantín que había logrado salir de la bahía al sentir la sublevación. Al día siguiente, 7 de julio, llegó a La Guaira acompañado de siete oficiales, uno de los cuales, el coronel Mires, siguió inmediatamente para el cuartel general.

como la tuvo la Revolución Francesa del 14 de julio de 1789.

Valiente y con mucho dinamismo, O'Leary, con el grado de Teniente estuvo en la Angostura y en San Fernando. Fue herido en Pantano de Vargas y participó heroicamente en la Batalla de Boyacá.

Al morir Anzoátegui, de quien era edecán con igual rango, pasó al servicio del Libertador. Fue testigo presencial de ese abrazo masónico de Bolívar y Morillo, en Santa Ana, en 1820, y tomó parte después en la segunda Batalla de Carabobo, en 1821.

A fines de 1821, por órdenes del Libertador viajó al Ecuador para ponerse bajo el mando de Sucre. Peleó en Pichincha, y fue comisionado después para hacer firmar al vencido jefe realista Aymerich, una honrosa capitulación. Tras el combate de Ibarra, fue ascendido a Coronel

y volvió al cargo de Edecán del Libertador, a quien acompañó a Guayaquil y Lima.

En 1823 cumplió una delicada comisión diplomática en Chile. En 1829, el Libertador lo envió para hacer unas gestiones ante el General Páez, las cuales infortunadamente fueron desaprobadas. A raíz de ese fracaso, O'Leary se retiró del servicio, pero volvió más tarde al ser solicitado por el Libertador.

Cuando Perú y Colombia estuvieron a punto de romper hostilidades, fue enviado a Lima como Ministro Plenipotenciario, con plenos poderes para arreglar las diferencias. Al ser rechazadas por el Perú sus credenciales estalló el conflicto. En la Batalla de Tarquí, O'Leary conquistó sus galones de General.

Otra brillante acción de armas de O'Leary, fue la aplastante derrota que infligió a Córdoba en la Batalla de El Santuario, en la que acabó con el foco sedicioso de Antioquía.

Daniel Florencio O'Leary fue un hábil estratega, que estudiaba las debilidades del enemigo antes de lanzarse a la

lucha. En 1830 los partidarios de la unidad Gran Colombiana pensaron en confiarle el mando de una expedición militar para combatir a Páez. La muerte del Libertador dejó sin efecto esos planes.

O'Leary se retiró a la vida privada, viajó a la Gran Bretaña, y regresó a Venezuela en 1842, como Ministro Plenipotenciario inglés; pasó después a Bogotá con el mismo rango, donde falleció el 24 de febrero de 1854.

Como Edecán de la íntima confianza del Libertador y por esa devoción a la que hemos hecho referencia, conservó gran parte del archivo que posterior al año 1830 fue incrementando con la ayuda de sus antiguos compañeros de armas, a quienes solicitaba el documento para su recopilación.

Esta importantísima colección pasó a sus hijos, quienes la cedieron al Estado venezolano durante la presidencia de Antonio Guzmán Blanco, dando así inicio al Archivo del Libertador, que actualmente se conserva en la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Caracas.

De Caracas escribió el 12 a Miranda la carta que transcribo:

“Después de haber agotado todos mis esfuerzos físicos y morales, ¿con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a Ud. habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado con este golpe aún más que el de la provincia. Esta tiene la esperanza de ver renacer de en medio de los restos que nos quedan, su salud y libertad, pues nada es más cierto que aquel pueblo es el más amante a la causa de la patria y el más opuesto a la

tiranía española. A pesar de la cobardía con que al fin se han portado los habitantes de aquella ciudad, puedo asegurar que no por eso han cesado de tener los mismos sentimientos. Creyeron nuestra causa perdida porque el ejército estaba distante de sus cercanías.

”El enemigo se ha aprovechado muy poco de los fusiles que teníamos allí, pues la mayor parte de ellos los arrojaron a los bosques los soldados que los llevaban, y los otros quedaban muy descompuestos: en suma, creo que apenas lograrán doscientos por todo.



”Espero se sirva U. decirme qué destino toman los oficiales que han venido conmigo: son excelentísimos, y en mi concepto no los hay mejores en Venezuela. La pérdida del coronel Jalón es irreparable; vale él solo por un ejército.

”Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento en ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así, ruego a U. o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello: a esto se añade el estado físico de mi salud, porque después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos me hallo en una especie de enajenamiento mortal. Voy a comenzar inmediatamente el parte detallado de las operaciones de las tropas que mandaba y de las desgracias que han arruinado la ciudad de Puerto Cabello, para salvar en la opinión pública la elección de U. y mi honor.

”Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó qué hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvaran la patria; ¡pero ah! ésta se ha perdido en mis manos.

Simón Bolívar”.

He aquí el parte, que dos días después mandó al cuartel general de Miranda:

“Honorable generalísimo:

”Cumpliendo con mi deber, tengo el dolor de hacerlos una relación circunstanciada de los sucesos desgraciados que han

obligado a la plaza de Puerto Cabello a sucumbir.

”Hallándome en mi posada a las doce y media de la tarde, el día 30 del próximo pasado, llegó apresuradamente el teniente coronel Miguel Carabaño, a darme la noticia de que en el castillo de San Felipe se oía un ruido extraordinario y se había levado el puente, según se le acababa de informar por una mujer. Que el coronel Mires había ido inmediatamente a saber la novedad que ocasionaba aquellos movimientos. Aún no había bien llegado al castillo dicho oficial, cuando se le intimó desde lo alto de la fortaleza que se rindiese o se le haría fuego; a lo cual respondió con la negativa, y revolviéndose hacia el bote que lo había conducido allí, se reembarcó y volvió a la plaza.

”Inmediatamente después de este acontecimiento, empezó el fuego del castillo sobre la ciudad, enarbolando una bandera encarnada y victoreando a Fernando VII.

”Un momento antes de comenzar el fuego había venido a mi casa el comandante del castillo, teniente coronel Ramón Aymerich, a quien pregunté qué novedad era aquella que sucedía en el castillo, y me respondió ignorarla: entonces supe que el oficial destacado allí era el subteniente del batallón de milicias de Aragua, Francisco Fernández Vinoni, el cual de acuerdo, o seducido por los presidiarios y reos de Estado que estaban en aquella fortaleza, se habían sublevado para cooperar con las fuerzas del enemigo. En consecuencia, mandé reunir todas las tropas que se hallaban dentro de la plaza, y al mando del coronel Mires y teniente coronel Carabaño, tuvieron orden de cubrir los puestos más avanzados hacia el muelle, y la fortaleza del Corito; así lo ejecutaron, y rompieron

*”Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó qué hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvaran la patria; ¡pero ah! ésta se ha perdido en mis manos.  
Simón Bolívar”.*



ron el fuego de artillería y fusilería contra los rebeldes, el que fue suspendido poco tiempo después por orden mía, con el objeto de mandar al castillo una intimación en que les ofrecía libertad, vida y bienes, a condición de que se entregasen con todos los efectos y demás pertrechos de guerra que en él se hallaban. Se me contestó que rindiese la plaza: enviase a buscar al coronel Domingo Taborda: entregase ínterin el mando al teniente coronel Garcés, y fuese yo personalmente, en compañía del coronel Jalón y teniente Carabaño, a concluir aquel convenio en el castillo.

”Hice segunda intimación notificando a los sublevados que si no cesaban su fuego y se rendían en el término de una hora, no tendrían después perdón, y serían pasados al filo de la espada: la contestación fue negativa, en los términos que la primera.

”Repetí tercera intimación, que no tuvo contestación alguna, porque los fuegos de ambas partes se cruzaban y era ya de noche.

”Viendo la obstinada resistencia de los reos, me determiné abatirlos con todas las fuerzas que estaban a mi mando: para lo cual marchó a la Vijía de Solano el capitán Montilla, a relevar al teniente coronel Garcés que la mandaba, con orden de hacer fuego desde allí: pero observando que no alcanzaban sino por elevación, y sin ningún acierto, juzgué muy conveniente hacerlo cesar para ahorrar las municiones, y después de haber tenido una conferencia con Garcés, lo devolví a su destino, por haberle hallado en mi concepto inocente, y más que todo, porque su popularidad y gran crédito entre la clase de pardos lo hacían temible si se le hacía el ultraje de quitarle el mando y desconfiar de él como sospechoso; y en

este caso no me quedaba recurso alguno para sostener la plaza, pues los únicos que la defendían eran pardos.

”El bergantín Celoso, bajo los fuegos del enemigo, salió del puerto con la mayor bizarría, y aunque con algún descalabro, lo salvamos. El bergantín Argos se sostuvo por nosotros, a pesar de los repetidos cañonazos que le tiraron, y la marinería a nado vino a tierra. El comandante del apostadero, coronel Juan Bautista Martinena, fue sorprendido a bordo de su buque y conducido al castillo, donde permanece preso con la mayor severidad.

”La goleta Venezuela la tomaron, y llevaron parte de la marinería al castillo.

”Toda la noche del día 30 hubo un combate, el más obstinado de artillería y fusilería, entre el castillo y nuestras baterías; éstas estaban cubiertas de nuestras tropas que se portaron con un valor extraordinario; y en particular el teniente coronel Carabaño y el capitán Granados, que fue muerto de un tiro de metralla, como también varios cabos, sargentos y soldados.

”La causa que tuvo, según las conjeturas, el subteniente Vinoni para vender la fortaleza, fue hallarse quebrado de los fondos de su compañía, por una parte, y la seducción de mando o riqueza que esperaba este traidor por recompensa de su felonía, luego que los reos de Estado estuviesen en libertad, y su paisano Monteverde se apoderase de la plaza.

”Este oficial, indigno de serlo, es un hombre de una conducta detestable, sin honor y sin talento. Yo ignoraba todo esto.

”El comandante del castillo, Ramón Aymerich, que vivía en él, es inculpable: además de ser un oficial de honor e inteligencia, es tan prolijo en el cumplimiento

de sus deberes, que es dudoso se halle otro alguno tan capaz de gobernar el castillo de San Felipe, con el celo y vigilancia que él; éste había sido su destino mucho tiempo antes y lo desempeñaba a toda satisfacción, como es notorio. En cuanto a haber acopiado en el castillo víveres para subvenir a la mantención de 300 hombres para tres meses, es claro que nada era más indispensable que esta medida, para en caso que fuese sitiado, como no era imposible, en el estado actual de las cosas. El haber almacenado la mayor parte de la pólvora en dicho castillo era de igual necesidad; porque en los almacenes, que se hallaban fuera de la ciudad, no estaba segura, y por esta razón la había mi antecesor transportado a la goleta Dolores, que tampoco presentaba más seguridad; sobre todo, cuando el comandante Martinena me ofició repetidas veces que la pólvora iba a perderse totalmente porque la goleta hacía agua. El resto de las municiones ha tenido siempre sus almacenes en el castillo, como el puesto más seguro y retirado del enemigo.

”A las dos de la tarde del mismo día 30 os di el primer parte de este acontecimiento, y a las tres de la mañana os di el segundo, repitiéndoos lo mismo que en el anterior.

”El día 1° de julio el enemigo continuó sus descargas de artillería y fusilería contra la ciudad, del modo más terrible y mortífero, causando tantos estragos en las casas y habitantes, que arrebatados éstos de un terror pánico, hombres, mujeres, niños y ancianos, empezaron a abandonar sus hogares y fueron a refugiarse a los campos distantes.

”Dos marineros del bergantín Argos, mandados por nosotros, le cortaron los cables, y vararon hacia nuestra costa, con el

doble objeto de aprovechar sus pertrechos y cuanto fuese útil, y así evitar que el enemigo se apoderase de él: pero apenas vieron éstos perdida la esperanza de tomarlo, cuando empezaron a cañonearlo con mucha frecuencia; y al cabo de dos horas de hacerle fuego, lograron acertarle una bala roja que incendiándole lo voló y convirtió en cenizas, produciendo un temblor tan universal en la ciudad, que rompió la mayor parte de los cerrojos de las puertas de las casas y rindió muchas de ellas; de cinco marineros que estaban extrayendo los efectos del Argos, dos se salvaron y tres perecieron.

”El capitán Camejo, que se hallaba a la cabeza de ciento veinte hombres, en el destacamento de Puente del Muerto, se pasó con toda su tropa y oficiales en este día a Valencia, seducido por Rafael Hermoso, oficial de contaduría que la noche antes había desertado de la plaza y fue a llevar al enemigo la noticia del suceso del castillo.

”En todo el día 1° estuve combinando la operación única que podía hacernos dueños del castillo, y era la de asaltarlo con trescientos hombres, por la parte de Hornabeque, que es la más accesible: pero la dificultad de buques menores para transportar los soldados, fue un obstáculo invencible, y no obstante el entusiasmo que tenían las tropas y los patriotas en aquel momento no pude aprovecharlo por el insinuado inconveniente.

”El día 2 los insurgentes siguieron siempre sus tiros de artillería, aunque con menos fuerza que los anteriores, pero el terror que infundió en los habitantes el fuego destructor del castillo, los acobardó de tal modo, que en este día desapareció todo el mundo de la ciudad, no quedando en ella arriba de doscientos hombres de la guarnición y rarísimos paisanos.

”Conociendo la importancia de retener a los habitantes de la ciudad, y contener la desertión de las tropas, tomé desde el principio todas las medidas de precaución que puede dictar la prudencia: primeramente, puse guardias en las puertas de la ciudad; mandé patrullas fuera de ella a recoger los que se refugiaban en los campos; oficié a la municipalidad y justicia para que cooperasen a esta medida, comprometiéndolos fuertemente; rogué a los párrocos exhortasen a sus feligreses para que viniesen al socorro de la patria; mas todo inútilmente, porque desde el venerable padre vicario hasta el más humilde esclavo, todos la abandonaron, y olvidándose de sus sagrados deberes dejaron aquella ciudad casi en manos de sus enemigos.

”Los soldados, afligidos al verse rodeados de peligros, y solos en medio de ruinas, no pensaban más que en escaparse por dondequiera; así es que los que salían en comisión del servicio no volvían, y los que estaban en los destacamentos se marchaban en partidas.

”El día tres no ocurrió novedad particular, excepto la de haber recibido un oficio del alcalde de primera elección en que solicitaba una junta para tratar sobre los acontecimientos del día, con el objeto real de comprometerme a capitular con el enemigo, según me insinuó el mismo alcalde y algunos regidores; a lo que contesté que primero sería reducida la ciudad a cenizas que tomar partido tan ignominioso, añadiendo que jamás había tenido tantas esperanzas de salvar la ciudad como en aquel momento, en que acababa de recibir noticias favorabilísimas del ejército, y que el enemigo había sido batido en Maracay y San Joaquín; y para más apoyar esta fic-

ción, hice publicar un boletín anunciando estas noticias, haciendo salvas de artillería y tocando tambores y pífanos para elevar de este modo el espíritu público que se hallaba en abatimiento extremo. Logré un tanto mi designio y se concibieron por entonces esperanzas de salud.

”El día cuatro los insurgentes redoblaron sus fuegos, para atemorizarnos en aquel mismo día en que ellos esperaban nos atacasen los corianos: así sucedió por la parte del Puente del Muerto, camino de Valencia, en donde estaba un destacamento nuestro de cien hombres a las órdenes del coronel Mires, el cual rechazó al enemigo y persiguió victoriosamente hasta donde estaba su cuerpo de reserva, que reforzado entonces en número muy superior al de los nuestros, obligó al coronel Mires a retirarse al Portachuelo, a distancia de una milla de la ciudad, en donde le mandé detener y esperar socorros de municiones y tropa: en esta acción la pérdida fue igual de ambas partes y nuestros soldados se portaron con valor.

”Yo mandé en este día aumentar las municiones de boca y guerra de todas las alturas, con el fin de hacer en ellas una obstinada defensa en el caso extremo de no poder defenderme dentro de la ciudad, como era muy probable, porque ya la guarnición apenas montaba ciento cuarenta y un hombres; porque la defensa que debíamos hacer contra los corianos era precisamente en la batería de La Princesa, bañada por los fuegos del castillo; y consiguientemente atacada por la espalda como por el frente.

”El mayor inconveniente que presentaba la defensa dentro de la ciudad era la carencia de agua, que había sido absoluta,

*”Los soldados, afligidos al verse rodeados de peligros, y solos en medio de ruinas, no pensaban más que en escaparse por dondequiera; así es que los que salían en comisión del servicio no volvían, y los que estaban en los destacamentos se marchaban en partidas.*

porque los enemigos, apoderándose del río, nos impedirían el tomarla; y no pudiendo recurrir al pozo del castillo, no habría otro partido que rendir la plaza, o morir de sed, pues el expediente de hacer excavaciones para extraer agua no es adaptable en Puerto Cabello, porque estando la ciudad a nivel del mar, el agua es impotable.

”El día cinco, el enemigo atacó el destacamento del Palito, que estaba al mando del subteniente Cortés, el que fue totalmente derrotado, sin que escapasen más que el oficial y cinco soldados sin armas. Esta novedad llenó de consternación a los poquísimos soldados que me quedaban, no menos que a los oficiales de la guarnición, como que se hallaban cercados por todas partes y sin esperanzas. Entonces yo, de acuerdo con los coroneles Mires y Jalón, determiné reunir el mayor número de tropas que fuese posible, y atacar con ellas primero a los enemigos más inmediatos y después a los que estaban más distantes, para evitar así, si era posible, la reunión de las fuerzas totales en las avenidas de la ciudad, en donde no era posible resistirlos por las razones que tengo expuestas.

”El coronel Mires, con el coronel Jalón y capitán Montilla, dieron orden de marchar inmediatamente con 200 hombres a atacar al enemigo a San Esteban. Allí encontraron un fuerte cuerpo de corianos, compuesto de infantería y caballería, el cual fue atacado por nosotros, pero con tan desgraciado suceso, que a la media hora de combate sólo pudimos reunir 7 hombres; porque los demás fueron muertos, heridos, prisioneros y dispersos: habiendo quedado el coronel Jalón, que mandaba la derecha, envuelto por los enemigos con el corto número de soldados que le seguían, sin

que hayamos podido tener noticia alguna de este benemérito y valeroso oficial, cuya pérdida es bien lamentable y costosa.

”Hallándose el coronel Mires en esta cruel posición, tomó el partido de retirarse a la plaza, con la guardia que había dejado en el Portachuelo, y por orden mía fue a situarse al fuerte del Trincherón, en donde había un destacamento de 30 hombres, grande acopio de pertrechos y municiones de boca y guerra, que anticipadamente había hecho almacenar allí para sostenerme en aquel puesto hasta el exterminio, como el más propio para ello, en razón de su fuerte situación y fácil comunicación con el puerto de Borburata, en donde estaban anclados el bergantín Celoso, las lanchas cañoneras y transportes con víveres.

”La ciudad quedó reducida a 40 hombres de guarnición, y consiguientemente era imposible se sostuviese contra el castillo guarnecido de 200 hombres, y los destacamentos corianos que cubrían ya las avenidas de la plaza. El número de estos destacamentos no es fácil fijarlo, porque sus avanzadas fueron las que derrotaron nuestras partidas, mas yo conjeturo que el enemigo no excedería de 500 hombres.

”Las alturas estaban municionadas para sostener un sitio de tres meses; sobre todo la Vigía de Solano, que es inexpugnable: sus fuegos, es verdad, son poco temibles al enemigo, por ser demasiado fijantes: pero podría servir de padrastro contra la plaza y favorable a nosotros cuando volviéramos a tomar aquella ciudad. El comandante de estas alturas era el teniente coronel Garcés, hombre reputado por un respetable ciudadano, y el corifeo de los militares de la clase de pardos; amado de éstos, y estrechamente ligado con los que se dicen patriotas. Por

estas consideraciones, y saber yo evidentemente que si le despojaba del mando de aquel puesto, se aumentaría el embarazo en que me hallaba para defender la plaza, juzgué prudente continuarlo en él, en lugar de quitárselo. Nada deseaba yo tanto como encerrarme en aquella fortaleza para sepultarme entre sus ruinas; pero ¿con qué tropas podría ejecutar resolución tan gloriosa? No las tenía: al contrario, estaba rodeado de soldados llenos de pavor, y consiguientemente prontos a la infidencia y desertión. Tampoco era justo que diera el mando a uno de los valerosos oficiales que me sostuvieron hasta el fin, pues habría sido un sacrificio tan cruel como perjudicial a las armas de Venezuela, por la falta que nos haría cualquiera de ellos.

”En la mañana del 5, ya mi situación era tan desesperada que nadie juzgaba pudiese mejorarse, y por esta causa me instaban de todas partes para que tratase de proporcionarme una retirada, aunque sólo fuese para mi persona y la plana mayor. Sin embargo, mi resolución no varió jamás un punto de batirme mientras hubiese un soldado. Para esto di orden al mayor de plaza, Campos, para que mantuviese el fuego y sostuviese la ciudad hasta el extremo; que yo por mi parte molestaría al enemigo en el campo y ciudad exterior con las alturas y el Trincherón.

”El día 6 al amanecer tuve noticia que la ciudad acababa de capitular, y de que el coronel Rafael Martínez oficiaba al comandante de las alturas para que siguiese la suerte de la ciudad. En este estado traté de hacer un reconocimiento de la derecha del Trincherón, para observar si podría ser atacado por el frente y espalda. Yo fui en persona a hacer este reconocimiento, y aún no

había concluido esta operación cuando ya se habían desertado los pocos soldados que cubrían el Trincherón, pues la noche antes habíamos perdido muchos de ellos; además los capitanes Figueroa y Rosales capitularon de cobardes con el enemigo, y entregaron el fuerte, sin consultar a otros jefes superiores que había en él y sus inmediaciones.

”El coronel Mires, tenientes coroneles Carabaño y Aymerich, capitán Montilla, el comandante de ingenieros capitán Bujanda, mi secretario Rivas, y dos oficiales más, se vieron solos y vinieron a la plaza de Borburata a embarcarse en el Celoso, pudiendo por fortuna, y a riesgo de nuestra libertad, embarcar los pertrechos que teníamos y los víveres que poseíamos, teniendo por desgracia que dejar dos obuses de bronce, por falta de quien los condujese a la playa.

”En fin, mi general, yo me embarqué con mi plana mayor a las nueve de la mañana, abandonado de todo el mundo, y seguido sólo de ocho oficiales, que después de haber presentado su pecho a la muerte y sufrido pacientemente las privaciones más crueles, han vuelto al seno de su patria a contribuir a la salvación del Estado y a cubrirse de la gloria de vuestras armas.

”En cuanto a mí, yo he cumplido con mi deber; y aunque se ha perdido la plaza de Puerto Cabello, yo soy inculpable y he salvado mi honor; ¡ojalá no hubiera salvado mi vida, y la hubiera dejado bajo de los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela!

Simón Bolívar

”P. D. Después de habernos embarcado se reunieron sobre cuarenta soldados de Aragua que se hallaban dispersos y se

*”En cuanto a mí, yo he cumplido con mi deber; y aunque se ha perdido la plaza de Puerto Cabello, yo soy inculpable y he salvado mi honor; ¡ojalá no hubiera salvado mi vida, y la hubiera dejado bajo de los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela!  
Simón Bolívar.*

embarcaron en los transportes y lanchas, como también más de 200 fusiles, municiones de boca y algunos paisanos.

S. B.”

\*\*\*

La desgraciada pérdida de Puerto Cabello decidió la suerte del país. Monteverde, sin embargo, no se atrevió a aventurar un nuevo combate: tan grande era el desaliento en que había caído desde el último rechazo; y en esto no anduvo desacertado, sino antes prudente, porque a pesar de las bajas en el ejército republicano, contaba Miranda todavía en La Victoria con más de 5.000 hombres bien armados y equipados, fuerza infinitamente superior en número a la tropa indisciplinada que militaba bajo las banderas españolas. Ni en el uno ni en el otro campamento ocurrió suceso notable por algunos días, hasta el 12 de julio, en que Miranda, con el asentimiento de los miembros del gobierno, propuso terminar la campaña con una negociación que garantizase la vida y las propiedades de los ciudadanos que habían arriesgado todo a favor de la causa de la independencia. Parece que Miranda, después de madura reflexión sobre los acontecimientos, se convenció de que la declaración de independencia había sido prematura, porque el pueblo de Venezuela no estaba preparado para gobernarse por sí mismo, y consideró además que bajo la influencia de la Constitución española las colonias podrían alcanzar tanta libertad política cuanta era compatible con las inveteradas costumbres de sus habitantes. Es fuerza confesar con toda imparcialidad que Miranda obró por convicción y según los dictados de la conciencia.

Escribió, pues, a Monteverde proponiendo un armisticio con el objeto de discutir las bases de una capitulación “para evitar la efusión de sangre y demás calamidades de la guerra”.

Removidos los obstáculos insuperables en los preliminares de toda negociación de esta naturaleza, ajustóse un convenio que se firmó y ratificó por ambos jefes el 25 del mismo mes, en virtud del cual se garantizaron la vida y propiedades de los independientes, se promulgó un completo olvido de los delitos políticos y se ofreció pasaporte a los que quisiesen emigrar. Las provincias independientes con sus almacenes militares se entregarían a las autoridades españolas.

En virtud de la capitulación se despidió Miranda del ejército, y acompañado de varios oficiales volvió a Caracas; pero dudando de la buena fe de Monteverde resolvió salir del país antes de que éste ocupara la capital; dirigióse, en consecuencia, a La Guaira con intención de embarcarse inmediatamente para Curazao.

El convenio de San Mateo fue recibido por muchos, sobre todo por los militares, con marcada desaprobación. La disciplina y el respeto que infundían los vastos conocimientos, el talento y la reputación de Miranda, habían impedido a los subalternos emitir abiertamente sus opiniones respecto a él; pero la capitulación les dejaba libres de toda restricción, según ellos, y entonces censuraron con acritud su conducta y llegaron hasta acusarle de traidor. Entre los más indignados y clamorosos estaba Bolívar, cuya desesperación subió al colmo al leer la orden general en que se anunciaba que el ejército, en virtud de la capitulación, había dejado de existir; creyó ver en ella la terrible sentencia que condenaba a su patria a la ser-

vidumbre y su propia deshonra. Las risueñas ilusiones de su juventud, las esperanzas que lo halagaban, iban a desaparecer. Sin vacilar determinó no quedarse un día más en la tierra natal, y para él, que la amaba con tan patriótico entusiasmo debió de ser muy dolorosa la idea de una expatriación.

En la resolución tomada por Miranda de abandonar el país sin esperar la llegada de Monteverde a Caracas, vio Bolívar todos los males a que semejante paso iba a exponer a sus conciudadanos, porque tal abandono autorizaría a Monteverde a violar la capitulación, y además echaría sobre los vencidos el borrón de la mala fe. Empleó toda su influencia, aunque en vano, para inducir a algunos de los principales jefes y oficiales del ejército a reunir los diferentes cuerpos dispersos, a notificar a Monteverde su decisión de no cumplir el convenio de San Mateo y a hacer en seguida un esfuerzo digno de su causa. Si desgraciados en la tentativa, se retirarían a Barcelona y Cumaná, donde podían aumentar sus fuerzas.

Resuelto a impedir la salida de Miranda se trasladó a La Guaira. Allí, en unión de los coroneles Mires y Miguel Carabaño y del comandante Tomás Montilla, se dirigió al jefe político doctor Miguel Peña y al comandante militar del puerto, coronel Manuel M. Casas, que habían concebido ya la misma idea, y de acuerdo con ellos ejecutó su intento. Limitábase éste por parte de Bolívar a prender a Miranda y obligarle a permanecer en el país para exigir de Monteverde el fiel cumplimiento de los artículos de la capitulación. Pero el comandante militar de La Guaira, deseoso de hacer las paces con el vencedor aun a costa de su honor y de la seguridad de sus amigos, los entregó al enemigo.

Preso Miranda, fue encerrado por algún tiempo en el castillo; luego se le trasladó a Puerto Cabello, donde permaneció ocho meses, y de allí a Puerto Rico, y por fin se le remitió a la Península; pero no terminaron allí sus sufrimientos. Inútiles fueron sus protestas y reclamaciones contra el cruel tratamiento que había recibido; en vez de la libertad que esperaba conseguir, se le redujo a más estrecha prisión, y cargado de cadenas en la Carraca, se prolongó su penosa existencia por algunos años más, hasta el año de 1816, en que murió, mártir de la causa que había abrazado desde sus primeros años. Cualesquiera que hayan sido sus faltas, la posteridad debe hacer justicia a la sinceridad de su patriotismo, y nadie le negará sus notables talentos y vasta ilustración.

Natural de una colonia lejana y de origen relativamente humilde, mereció la estimación y el encomio de uno de los primeros soberanos del siglo, y se elevó por su mérito a alto rango en uno de los ejércitos más renombrados del mundo. Mr. Pitt le consultó en más de una ocasión cuando pensó invadir la América española, y le confió una misión de grande importancia. Durante el tiempo que gobernó en Venezuela, su mayor falta consistió en no comprender la índole de sus compatriotas y en no amoldar la suya a las circunstancias.

Durante las conferencias de San Mateo llegó a Puerto Cabello el capitán general Miyares y notificó a Monteverde que marchaba inmediatamente al cuartel general; pero aquél, que ya había cometido un acto de insubordinación para conservar el mando, no quiso someterse a un superior, estando en vísperas de recoger el fruto de sus fatigas y sus triunfos. La casualidad



*Quizá algunos pocos, de carácter ardiente y apasionado como Bolívar, demasiado orgullosos para someterse al vencedor, habrían siempre abandonado su patria, pero aun esos mismos habrían visto con júbilo el advenimiento de la paz en Venezuela.*

le había ayudado a dar las apariencias de sacrificio al bien público, a lo que en realidad no era sino abierta rebelión. En virtud de un artículo adicional de la capitulación, Monteverde debería conservar el mando en jefe hasta la completa pacificación de las provincias disidentes. A la primera notificación de Miyares contestó felicitándolo por su vuelta al país, pero ya en Caracas le informó resueltamente que no entregaría el mando mientras no se supiese la resolución del rey.

Verificóse su entrada en la capital en la noche del 29 de julio. En sus arengas al público y en conversaciones particulares aquella misma noche y en la mañana siguiente, manifestó su intención de cumplir religiosamente lo pactado en el convenio de San Mateo, pero a pesar de tan solemnes promesas y sin cuidarse de la necesidad de inspirar confianza a los pueblos, dándose a curar las heridas de la desgraciada Venezuela, el 1º de agosto alarmó la ciudad con la prisión de varios de los individuos más distinguidos entre los que se habían comprometido en la revolución. Para calmar los ánimos intranquilos con medida tan imprudente, ratificó dos días después la solemne promesa que había hecho, en una proclama que abundaba en palabras de consuelo para todos, especialmente para aquellos que hasta entonces dudaban de su sinceridad y de sus intenciones.

“¡Habitantes de Caracas!”, decía, “estoy sobre las ruinas de esta desgraciada ciudad; conozco la violencia de los males que os afligen; veo las consecuencias de estos tristes acontecimientos; contemplo vuestra miserable condición y lloro con vosotros. ¡Cuánta miseria pudo haberse evitado!”

Al día siguiente dio otra proclama que empezaba así: “Una de las cualidades características de la bondad, justicia y legitimidad de los gobiernos es la buena fe de sus promesas y la exactitud en su cumplimiento... las mías son sagradas”, decía también, “y mi palabra es inviolable”. Tan sincero parecía él en estas protestas, que renació la esperanza de ver restablecida la confianza y reconciliación sobre bases de mutuo interés entre realistas e independientes. El estado del país pedía a gritos esta unión de los partidos para oponerla a los avances de la anarquía y contener las pretensiones de los esclavos y de la gente de color. Quizá algunos pocos, de carácter ardiente y apasionado como Bolívar, demasiado orgullosos para someterse al vencedor, habrían siempre abandonado su patria, pero aun esos mismos habrían visto con júbilo el advenimiento de la paz en Venezuela.

Nada más hacedero que la realización de tan generosas esperanzas; pero desgraciadamente para la colonia y la madre patria, Monteverde no era el hombre que las circunstancias exigían. Asombrado por el rápido y fácil éxito de su empresa, su vanidad crecía, y demasiado débil para resistir los halagos de la fortuna, carecía del talento necesario para comprender y seguir la política que convenía adoptar. Los hombres de miras estrechas y de carácter débil son por desgracia con frecuencia víctimas de malos consejeros. Monteverde no tenía un carácter perverso ni sanguinario; su flaco era su credulidad excesiva y una errónea idea de lealtad, que los astutos intrigantes que le rodearon al llegar a Caracas supieron explotar en todas ocasiones. Había entre esto muchos paisanos suyos, naturales

de las islas Canarias, que en el curso de la revolución se habían atraído el odio de los venezolanos, y ahora en desquite delataban conspiraciones y proyectos imaginarios de planes diabólicos para subvertir el actual gobierno y destruir las tropas y el jefe que había devuelto la tranquilidad a Venezuela. No faltaron entre los realistas hombres honrados y de corazón que rechazasen como falsos semejantes cargos, e hiciesen ver a Monteverde el peligro de dar crédito a cuentos inventados con siniestros fines de interés político, o lo que es peor, por razones privadas de venganza particular. En vano intentaron inclinarlo a la clemencia, poniendo de manifiesto la impotencia a que estaban reducidos los patriotas y el anhelo de todas las clases y partidos de efectuar la reconciliación y propender al restablecimiento del orden. El irreflexivo Monteverde no sólo despreció tan juiciosas advertencias, sino que dudando de la pureza y rectitud de los que las hacían, acogió las sugerencias de los malos consejeros.

El 14 de agosto se alarmó de nuevo la población con un gran alarde militar; colocáronse cañones frente a la casa de gobierno; grupos armados compuestos de peninsulares e isleños se regaron por la ciudad y sus suburbios; la tropa veterana tomó también las armas y se arrestó a varios de los principales vecinos sin previa notificación. En muchas ciudades del interior se adoptaron simultáneamente las mismas medidas, ejecutándolas con bárbaro rigor.

En Caracas, muchos miembros respetables de la sociedad fueron exhibidos en cepos en las calles y plazas públicas, sirviendo de ludibrio a la soldadesca brutal y expuestos a la befa e insultos del vil populacho. El doctor Juan Germán Roscio, que como miembro

del gobierno se había distinguido por sus humanitarios sentimientos, su modestia y cultos modales, y que era además digno de respeto por su edad, talento y ejemplar conducta, fue uno de los escogidos en esta ocasión para sufrir tan degradante tratamiento; los soldados, para burlarse del papel moneda que durante su administración se había emitido, se acercaban a él con pedazos de papel pidiéndole su firma. Otras personas tan respetables como Roscio fueron arrancadas de sus hogares, y atadas a las colas de los caballos conducidos a los calabozos de La Guaira a cargo de Cerveris, comandante de aquella plaza, y tan despiadado carcelero que no contento con insultar y maltratar a sus víctimas les robaba hasta los vestidos; su nombre se recuerda todavía con horror por los que sobrevivieron a los sufrimientos de aquellos días aciagos. Otros de los presos fueron remitidos a Puerto Cabello, y cargados de cadenas, encerrados en las inmundas bóvedas de aquella fortaleza; y como ofrenda al gobierno español, se envió a la Península a los patriotas Juan Germán Roscio, Cortés Madariaga, Juan Pablo Ayala, Juan Paz del Castillo, José Mires, Manuel Ruiz, José Barona y Francisco Iznardi. La carta que con este motivo dirigió Monteverde a la regencia es un documento curioso que merece ser transmitido a la posteridad, dice así: "Presento a V.A. esos ocho monstruos, origen y primera raíz de todos los males y novedades de la América, que han horrorizado el mundo entero. Que se avergüencen y confundan delante de la majestad y que sufran la pena de sus delitos. Domingo Monteverde. Caracas, 14 de agosto de 1812".

Tal fue el terror y tan grande la consternación causados por tanto desenfreno y

*Tal fue el terror y tan grande la consternación causados por tanto desenfreno y tan salvaje proceder que se veía a los habitantes huir por centenares a los bosques, prefiriendo morar con las fieras a quedarse en las ciudades expuestos a la ferocidad de las autoridades españolas.*

*”Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco los míos, como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben; soy yo el agraciado.*

tan salvaje proceder que se veía a los habitantes huir por centenares a los bosques, prefiriendo morar con las fieras a quedarse en las ciudades expuestos a la ferocidad de las autoridades españolas. Otros solicitaron pasaportes con el fin de salir del país, pero aun esta pequeña gracia a muy pocos se concedía. Bolívar fue de los agraciados. Desesperado, fuera de sí al ver los sufrimientos de sus conciudadanos, se propuso ir a buscar en tierra extraña los medios de redimir la propia de la servidumbre y de castigar al falaz Monteverde por la infame violación del convenio, que le puso en posesión de provincias que al haber sido bien defendidas, habría costado tiempo, sangre y muchos sacrificios subyugarlas. Impulsado por estos sentimientos se presentó a Monteverde pidiendo pasaporte en virtud de la capitulación: al oír su nombre el jefe realista lo acusó de haber fusilado a dos españolas en Puerto Cabello, a lo que contestó Bolívar, que siendo ellos espías, las leyes de la guerra lo autorizaban a tratarlos de esa manera. Monteverde aparentó no hacer caso de la respuesta y agregó: “Habéis ejecutado una acción laudable arrestando a Miranda y ella os hace acreedor al favor del rey”. “Como no fue esa mi intención al prender al general Miranda”, replicó Bolívar, “niego todo derecho al mérito que quiere U. atribuirme; mi conducta tuvo otro móvil muy distinto; yo veía en él un traidor a mi patria”. Estas palabras ofendieron a Monteverde, no acostumbrado a que se le contradijese desde su entrada a la capital; nególe el pasaporte y es muy probable que nunca lo hubiese conseguido, sin la amistosa intervención de don Francisco Iturbe, secretario interino del jefe español. Cediendo a

sus ruegos convino Monteverde en concederlo aunque con repugnancia. En el oficio que Bolívar dirigió al presidente del Congreso reunido en Cúcuta en 1821, se verá cómo refiere él mismo este episodio, y se verá también con cuánta gratitud correspondió a la generosidad de su amigo Iturbe.

“Excmo. señor. Permítame V.E. que ocupe por la primera vez la bondad del Gobierno de Colombia con una pretensión que me es personal.

”Cuando en el año de doce la traición del comandante de La Guaira coronel M.M.C. puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor, o vender caramente nuestras vidas. Yo fui presentado a Monteverde por un hombre tan generoso, como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó don Francisco Iturbe al vencedor: ‘Aquí está el comandante de Puerto Cabello, el señor don Simón Bolívar por quien he ofrecido mi garantía, si a él toca alguna pena yo la sufro, mi vida está por la suya’. ¿A un hombre tan magnánimo puedo yo olvidar? ¿Y sin ingratitud podrá Colombia castigarlo?

”Don Francisco Iturbe ha emigrado por punto de honor, no por enemigo de la República, y aun cuando lo fuera, él ha contribuido a libertarla de sus opresores, sirviendo a la humanidad y cumpliendo con sus propios sentimientos, no de otro modo. Colombia en prohijar hombres como Iturbe, llena su seno de hombres singulares.

”Si los bienes de don Francisco Iturbe

se han de confiscar, yo ofrezco los míos, como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben; soy yo el agraciado.

”Suplico a V.E. se sirva elevar esta representación al Congreso General de Colombia, para que se digne resolver lo que tenga por conveniente. Trujillo, agosto 23 de 1821”.

Cuentan que habiendo obtenido su pasaporte, comió con dos amigos con quienes compartió sobre el despotismo de Miranda, y habló de su intención de marcharse a Inglaterra a pedir al marqués de Wellesley carta de recomendación para Sir Arturo Wellesley, después duque de Wellington, con la esperanza de ser admitido como voluntario en el ejército inglés. No sabré decir si con esa conversación quiso disfrazar su verdadero proyecto, o si en realidad pensó ejecutar lo que decía; pero si tal fue su intención, la frustró la confiscación de sus bienes por Monteverde y la pérdida en Curazao de doce mil pesos.

Inmediatamente después pasó a La Guaira y se embarcó con destino a esa isla el 27 de agosto en la goleta Jesús, María y José, primer buque que salió del puerto. Por una informalidad en los papeles del buque, la aduana de Curazao embargó su equipaje en que llevaba algunas alhajas y todo el dinero sonante que entonces poseía. Este contratiempo no le detuvo, sin embargo, sino el tiempo necesario para buscar modo de trasladarse a Cartagena, plaza fuerte de la Nueva Granada, donde a la sazón se combatía por la causa de la América. Abandonó sus intereses privados, posponiéndolos al bien público; aunque fácil hubiera sido recuperarlos deteniéndose a alegar sus

derechos demasiado claros. Este rasgo de desinterés es característico de Bolívar; en el curso de su vida pública, aunque se vio frecuentemente reducido a la más absoluta escasez, no esquivó nunca un sacrificio pecuniario y muchas veces recompensó de su propio peculio los servicios hechos al Estado; su liberalidad en muchos casos estaba más en consonancia con sus generosos sentimientos que con la cuantía de sus recursos.

Con dinero que pidió prestado bajo su responsabilidad llevó consigo a algunos otros jefes y oficiales, que como él habían emigrado de Venezuela y se hallaban en Curazao sin medios de subsistencia. Todos ellos fueron útiles a la causa de la independencia durante la guerra.

\*\*\*

Entre tanto, el gobierno de Cartagena que no había desoído aquellos clamores, aceptó de buena gana y con prontitud los servicios que Bolívar ofrecía. Dióle el mando de un cuerpo, en la división que a las órdenes del coronel Labatut estaba destinada a arrojar a los españoles de la provincia de Santa Marta y a ocupar su capital. Desde el principio de esta campaña, habíase distinguido Labatut de una manera honrosa para él, y útil para la provincia a cuyo servicio combatía, derrotando al enemigo y desalojándole de Sitio Nuevo, Palmar y Guaímaro, poblaciones insignificantes en la ribera izquierda del Magdalena, pero que en poder de los españoles interrumpían la navegación del río y mantenían la orilla opuesta en constante alarma. No se mostró Labatut muy dispuesto a contribuir a la reputación de Bolívar, empleándole en puesto en que diese a conocer sus aptitu-

des y su ardiente deseo de distinguirse. Destinóle al mando del destacamento situado en el pueblo de Barranca con órdenes estrictas de no moverse de allí; destino dado con dañada intención, y de mal grado aceptado por Bolívar, porque a la vez que entrababa su infatigable actividad privaba al gobierno de sus conocimientos, que convenientemente aprovechados darían importantes resultados: tenía además el grave mal de dar pábulo al desacuerdo entre individuos cuyo mutuo interés, tanto como el bien de la república, exigía la más perfecta inteligencia. Pero no es de almas levantadas sufrir el desprecio con paciencia, ni del genio sujetarse fácilmente a la severa disciplina militar.

Confiado Bolívar en sus propias fuerzas resolvió echar sobre sus hombros una inmensa carga de responsabilidad contando con que el brillo de su atrevida empresa eclipsaría la enorme falta que iba a cometer. Raro es el militar que se haya elevado a puestos distinguidos en la milicia a quien no haya cabido en suerte verse bajo las órdenes de un jefe inferior a él en talento, y muy raro también el que no haya tenido la desgracia de hallarse en el predicamento en que la envidia o el mal carácter de Labatut pusieron a Bolívar. No faltará entre esos militares quien disculpe la conducta de Bolívar; pero ninguno intentará presentarla como ejemplo, porque la desobediencia, aunque el triunfo la acompañe, destruye la disciplina.

El pueblo de Barranca está situado en la ribera izquierda del río Magdalena, y a pocas leguas más arriba se encuentra la villa de Tenerife en un pequeño promontorio que domina el río. Estaban los españoles en posesión de este lugar, y habíanlo

fortificado para impedir la comunicación por agua entre el alto y el bajo Magdalena. Para abrirla, resolvió Bolívar desalojar al enemigo, y con este objeto reunió todas las fuerzas de que podía disponer, que apenas subían a 200 hombres mal armados y peor disciplinados; habiendo preparado con anticipación los champanes y canoas necesarios se embarcó con el mayor sigilo y partió río arriba haciéndose preceder de una intimación al jefe español. Acababa de salir de Tenerife el parlamentario con una altanera negativa, cuando se presentó Bolívar enfrente del lugar. Los españoles que no esperaban el ataque, confiados en que no podría reunirse fuerza suficiente para intentarlo, al notar su error abandonaron la posición con todos los elementos militares y los buques que habían llevado allí como lugar seguro y se retiraron hacia el Valle de Upar. Bolívar convocó a las autoridades y principales vecinos del lugar; les obligó a jurar la Constitución de la provincia de Cartagena, después de manifestarles los inmensos beneficios que resultarían de la estricta observancia de esa Constitución apoyando al gobierno con decisión y firmeza; recapituló los males que habían causado los españoles, y los exhortó a vengar los ultrajes hechos a la patria y a vengarse ellos mismos.

De Tenerife siguió remontando el río y dispersando los diferentes destacamentos que sorprendió en las aldeas situadas en la ribera occidental. El 27 de diciembre llegó a Mompox donde fue recibido con demostraciones de júbilo y entusiasmo por el gobernador y los habitantes de aquella patriótica ciudad; y fue aclamado unánimemente comandante militar del distrito. Multitud de jóvenes de las familias principales se

enrolaron en las tropas como voluntarios, deseosos de hacer la campaña a las órdenes de un jefe que parecía dotado del don de inspirar a cuantos le oían el ardor que le animaba a favor de la patria. Aumentadas sus fuerzas considerablemente, como también el parque con los recursos que encontró en Mompox, decidido a sacar partido de las ventajas obtenidas hasta entonces y a no permitir al enemigo concentrarse, se embarcó con 500 hombres y subió hasta El Banco, punto fortificado, al que llegó pocas horas después de haberlo evacuado los españoles, que se retiraron por el río Cesar hacia el interior. Sin pérdida de momento siguió en su persecución y el 1º de enero de 1813 los derrotó en Chiriguana. En este combate, en el único en que desde el principio de la campaña, había encontrado resistencia de alguna consideración, cayeron en su poder cuatro buques de guerra, dos piezas de campaña y gran número de fusiles y pertrechos. Volviendo de nuevo hacia el Magdalena se apoderó por sorpresa de Tamalameque, y sin hallar enemigo que se le opusiese ocupó a Puerto Real el 7 de enero, y en seguida Ocaña. Así terminó la campaña que libertó el alto Magdalena y abrió la comunicación con el interior de la Nueva Granada, hasta entonces obstruida por los buques que los españoles tenían en el río.

Labatut, que ya conocía a Bolívar por haber militado con él en Venezuela a órdenes de Miranda, recibió con disgusto la noticia de su marcha de Barranca, y envidioso le ordenó inmediatamente volviere a ocupar su puesto. La respuesta del delincuente subalterno fue la relación de sus triunfos, y trató de paliar su conducta alegando la debilidad de la posición que ocupaba, expuesta a los ataques del ene-

migo, que al concentrar sus fuerzas, forzosamente le habría destruido, mientras que moviéndose él con secreto y celeridad lo derrotaría, como lo había hecho, poniendo la provincia de Cartagena al abrigo de todo peligro. Esta disculpa no produjo el objeto deseado; Labatut se quejó al gobierno provincial de la insubordinación de Bolívar y pidió se le juzgase inmediatamente ante un consejo de guerra. Su petición fue desatendida, porque los servicios que Bolívar acababa de prestar le merecieron las alabanzas de Torices y la gratitud de Cartagena. Exasperado Labatut con la contestación del presidente se trasladó a la capital, y allí empleó en vano, ruegos y amenazas para conseguir su fin; porque más que la negativa del presidente le mortificaba el aplauso y admiración con que se hablaba de su rival y los públicos regocijos con que se celebraban sus triunfos.

Todo conspiraba a favor de la generosa ambición que presidía los proyectos de Bolívar; ya hemos visto que el estado precario en que se hallaba Cartagena a su llegada, contribuyó a la lisonjera recepción que se le hizo entonces, considerándole más como poderoso auxiliar que como desgraciado proscrito; luego veremos cómo los infortunios y peligros que amenazaban a la Nueva Granada sirvieron también a sus propósitos.

Cuando Monteverde se adelantó hacia el centro de Venezuela, el comandante militar de Maracaibo, don Ramón Correa, penetró por la provincia de Mérida y batió las tropas que después de la destrucción del gobierno federal en aquella provincia y en la de Trujillo se retiraban hacia la frontera de la Nueva Granada. Por consecuencia de aquella derrota ocupó Correa los valles

*Todo conspiraba a favor de la generosa ambición que presidía los proyectos de Bolívar.*

de Cúcuta amenazando a Pamplona y a Ocaña. No se estimaron suficientes las tropas patriotas en aquella ciudad para defender la provincia que, minada además por facciones como todo el país, era fácil presa de un jefe emprendedor; afortunadamente Correa, aunque soldado valeroso, esquivó toda responsabilidad personal; pero su sola presencia en Cúcuta, a pesar de su inactividad, mantenía a los patriotas en constante alarma. En tales circunstancias, el coronel Manuel Castillo, que mandaba en la provincia de Pamplona, se dirigió a Bolívar pidiéndole auxilio. Comprendió éste al punto los importantes resultados que se obtendrían, accediendo a su demanda; pero, aunque deseoso de aprovechar toda ocasión de servir a la causa común, las fatigas y la desertión habían reducido tanto su pequeña división, que no pudo ponerse en marcha inmediatamente. No queriendo, sin embargo, desalentar a Castillo, dándole a conocer la verdadera causa de su negativa, contestóle en términos generales, diciéndole que dependiendo del gobierno de Cartagena, no podía moverse sin sus órdenes, pero que se apresuraría a pedir las. Hízolo en efecto, encareciendo la necesidad de aumentar sus fuerzas, y entre tanto, desplegó toda la energía de su carácter para arbitrar recursos con qué libertar a Venezuela; “manifestando en esta ocasión, que si era activo y audaz contra el enemigo, era también severo y enérgico para mantener la disciplina. Sus soldados, cansados de las marchas y disgustados del servicio militar, empezaron a desertarse por partidas, y aun intentaron amotinarse para regresar a sus hogares. La persecución por una parte, un eficaz y vigilante celo para precaver el mal y para aprehender a los fugitivos por

otra, unidas a la aplicación de la pena capital, salvó la división de Bolívar de la disolución que la amenazaba, y le ganó para siempre el respeto y el amor de sus subalternos”.

Dejando la división al mando del coronel José Félix Ribas volvió a Mompox, recorrió todos los puntos en ambas riberas del río sujetos a su jurisdicción y recogió las armas y municiones que habían quedado atrás. El presidente de Cartagena le concedió el permiso solicitado, y el 9 de febrero emprendió marcha de Ocaña hacia Cúcuta, por la vía de Salazar de las Palmas, con 400 hombres.

Es necesario haber recorrido aquella vía fragosa y aterradora, cuya naturaleza es imposible imaginar, para apreciar como se merece la dificultad de la empresa. Saliendo de Ocaña sigue el camino por espacio de once leguas por una áspera llanura cortada de trecho en trecho por profundas quiebras, hasta el punto en que repentinamente arranca la subida. Este ramal de la gran cordillera es agrio en extremo; en tiempos muy remotos las aguas torrentosas de las montañas abrieron angostas grietas casi intransitables y a veces subterráneas, únicas sendas que hoy existen. Como el sol nunca penetra en estos callejones —así los llaman—, el suelo se conserva siempre húmedo y resbaloso, lo que hace no sólo muy incómodo sino peligroso el paso por ellos; al salir de esas cavernas el sendero, lejos de mejorar, sigue por el filo escarpado de las montañas, donde un paso en falso precipitaría al viajero a muerte segura en el horrible torrente que brama en el fondo. En estos parajes desiertos llueve constantemente y las frecuentes tempestades los hacen terriblemente sublimes.



Con excepción de una que otra choza de indios esparcidas a grandes distancias, no se encuentra habitación humana en el trayecto que media entre el pueblo de La Cruz, a siete leguas de Ocaña, y Salazar de las Palmas; y aún en tiempos de paz tiene el viajero que proveerse de víveres en La Cruz para muchos días. Los soldados de que se componía el pequeño cuerpo independiente eran todos naturales de los climas ardientes de Cartagena y Mompos, y no acostumbrados al frío y al aire penetrante de las montañas, padecían con más intensidad por las dificultades con que era preciso luchar; fueron tantos los trabajos que sólo el entusiasmo que Bolívar supo inspirarles pudo hacérselos soportar con paciencia.

Cien hombres animados del mismo espíritu que ellos hubieran podido no sólo detener un ejército numeroso sino hacer su marcha imposible; y cien hombres en efecto ocupaban la cima de una altura llamada La Aguada, posición que defendida con habilidad y valor, ningún esfuerzo humano hubiera podido forzar. Sin embargo, con una hábil estratagema se logró lo que en vano hubiera intentado la fuerza. Estando Bolívar a un día de marcha de la formidable posición, sorprendieron los españoles a un campesino que con riesgo eminente de su vida intentaba pasar sin ser visto por la falda de la montaña, en cuya cima se hallaba el destacamento; habiéndosele registrado, hallóse una tira de papel con la orden para un oficial, que se suponía venía enviado por Castillo en auxilio de Bolívar, que iba de Ocaña, en la cual se le mandaba atacar por retaguardia al destacamento de La Aguada a las cuatro de la mañana del día siguiente, a cuya hora se le acometería también de frente. El comandante del des-

tacamento resolvió contramarchar inmediatamente a Salazar para sorprender en el camino la fuerza que se le había hecho creer venía sobre él; al descubrir luego su error, en vez de repararlo agravó la falta, exagerando grandemente el número de los independientes, lo que facilitó la llegada de éstos sin oposición a Salazar de las Palmas. Allí hizo alto Bolívar para dar algún descanso a sus tropas fatigadas y esperar el refuerzo que llegaba de Pamplona, que debía incorporársele en Arboledas, donde se cruzan los caminos de aquella ciudad y el de los valles de Cúcuta. Los españoles se apercibieron a impedir esta reunión en Arboledas, mas abandonaron luego el lugar al saber que Bolívar avanzaba sobre ellos, dejándolo así llegar hasta San Cayetano, a orillas del Zulia y a tres leguas del cuartel general de Correa, sin mayor pérdida y casi sin haberle molestado. En este pueblo recibió cien hombres, entre ellos algunos jinetes; y consiguió además caballos para montar un piquete de caballería que había formado.

Al amanecer del 28 de febrero pasó el río Zulia y marchó sobre San José, capital de los ricos valles de Cúcuta. Estando el general español oyendo misa devotamente, supo que sus avanzadas habían sido rechazadas y que los patriotas se acercaban a la ciudad. Correa, que era soldado, al par que hombre piadoso, no perdió tiempo en formar su división y presentar batalla a los independientes. Observando que éstos tomaban posiciones, y engañado por el corto número de la fuerza que desplegaban, creyó tener que habérselas con solo la vanguardia, la que embestida bruscamente pensó poder destruir con facilidad antes de la llegada del cuerpo principal. Este error le indujo a

*Cien hombres animados del mismo espíritu que ellos hubieran podido no sólo detener un ejército numeroso sino hacer su marcha imposible; y cien hombres en efecto ocupaban la cima de una altura llamada La Aguada, posición que defendida con habilidad y valor, ningún esfuerzo humano hubiera podido forzar.*

atacar a Bolívar, que adueñado de algunas alturas suplía con las ventajas del terreno su inferioridad numérica.

Empeñóse el combate, que duró cuatro horas, terminando en la derrota de los españoles, con pérdida considerable de muertos, heridos y prisioneros. Correa, que recibió una contusión y estuvo a punto de caer en manos del vencedor, logró efectuar su retirada en orden, porque los patriotas rendidos de cansancio no pudieron continuar la persecución sino a la mañana siguiente, en que Bolívar le siguió hasta San Antonio, población que demora en la ribera norte del Táchira, pequeño río que divide a Venezuela de la Nueva Granada.

Espléndido fue el resultado de esta victoria; libró a la Nueva Granada de la invasión que la amenazaba; inspiró confianza a los patriotas de ese país; reunió las esperanzas

de los de Venezuela; dio reposo al soldado de tantas fatigas; llenó las arcas del tesoro con el rico botín de más de un millón de pesos en mercaderías, que los comerciantes españoles de Maracaibo habían acumulado en Cúcuta, seguros de que Correa subyugaría el virreinato hasta Santa Fe.

Los valles de Cúcuta, que recibieron el inmediato beneficio de este triunfo, son la puerta septentrional de la Nueva Granada. En ellos están situadas varias poblaciones bien construidas y de risueño aspecto, siendo las más importantes San José, El Rosario y San Antonio; producen café, cacao, algodón y caña de azúcar en abundancia, que por el río Zulia y el lago de Maracaibo se llevan a la ciudad del mismo nombre, donde se cambian por manufacturas extranjeras.